CARMEN DELGADO VIÑAS
CATEDRÁTICA DE ANÁLISIS GEOGRÁFICO REGIONAL.
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

La Montaña vacía

Los municipios montañosos de Cantabria se encuentran en una situación muy comprometida. Su corrección exige una decidida voluntad política y pasar de inmediato de las palabras a los hechos

:: JESÚS FERRERO

Recientemente ha tomado auge la preocupación por la despoblación de algunos territorios españoles, la denominada 'España vacía'. En este contexto se celebró la jornada 'El futuro de los pueblos de montaña: diagnóstico de su realidad', organizada por el Gobierno de Cantabria y El Diario Montañés. En dicha jornada impartí una ponencia sobre el proceso de despoblación de las áreas de montaña que quisiera compartir con toda la sociedad.

A lo largo de poco más de un siglo Cantabria ha experimentado un moderado crecimiento demográfico: su población ha pasado de 279.091 habitantes en 1900 a 580.229 en 2018 (107,9%), lo que representa un incremento modesto en relación con la media española. Esta dinámica poblacional no ha tenido un ritmo uniforme en el tiempo ni ha afectado por igual a todo el territorio cántabro ya que, entre otros hechos, ha sido muy distinta la evolución de las áreas rurales y las urbanas.

Las mayores divergencias tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo pasado: mientras que la población regional creció 32,2% entre 1950 y 2001, en 71 municipios disminuyó mucho y 27 de ellos perdieron más del 50% de los habitantes que tenían en la primera fecha. Así, el intenso proceso de despoblación inicial afectó principalmente a las áreas montañosas de Cantabria.

Siendo de por sí grave, el mayor problema es que ese proceso no se ha detenido aún, sino que la dinámica de vaciamiento poblacional de las áreas de montaña prosigue todavía de forma generalizada, sin que se perciban indicios de cambio de tendencia.

Desde 1996 a 2018 la población cántabra ha seguido creciendo menos que el conjunto de la española (10,0% y 17,8% respectivamente), pero lo que resulta más inquietante es la distribución territorial de ese parco aumento poblacional.

En estos 22 años los municipios urbanos (con más de 10.000 habitantes en 2018) han incrementado su población en 31,7% y los semiurbanos (de 2.000 a 10.000 habitantes) en 22,0%. Incluso cuando, entre los primeros, se encuentran las ciudades que, salvo Castro Urdiales, han empezado a perder población en beneficio de los municipios periurbanos, algunos de los cuales han tenido un crecimiento espectacular.

En el mismo período los municipios rurales (con menos de 2.000 habitantes) han vuelto a perder el 8,7% de sus habitantes, un dato que, además, oculta situaciones muy desiguales. Cuatro municipios rurales, tres de ellos situados en la Marina Oriental, han crecido hasta dejar de tener carácter rural desde su clasificación estadística, al superar los 2.000 habitantes o la densidad de 100 hab./km^2. Otros ocho han aumentado levemente su población, siempre por debajo del 10% de promedio regional, pero la mayor parte de los municipios rurales cántabros han seguido sufriendo grandes reducciones: en siete de ellos su población ha disminuido entre -0,1% y -10%, en otros quince entre -10,1% y -25%, y en 18 más, la mayoría localizados en el reborde montañoso meridional, entre -25,1% y -50%.

Una de las consecuencias de este proceso es la debilidad de la ocupación humana del territorio. La densidad media de la población de Cantabria en 2018 es 108,9 hab./km^2 en tanto que la de los municipios rurales apenas llega a 26 hab./km^2. Aún así, estos valores medios encubren una realidad muy dispar. Algunos municipios rurales, los más cercanos a las áreas urbanas y periurbanas, alcanzan densidades próximas a 100 hab./km^2 frente a los estrictamente rurales, muchos de los cuales no llegan a 10 hab./km^2, umbral por debajo del cual se califica a un territorio como «desierto demográfico». Las bajas densidades de población son especialmente exiguas en los municipios que, en conjunto, dibujan la orla montañosa meridional de Cantabria.

A ello hay que añadir que este mismo territorio es el que presenta el mayor grado de envejecimiento: los municipios de las comarcas montañosas poseen tasas de envejecimiento muy superiores al valor medio regional (23,6% de personas mayores de 65 años en 2017), ya de por sí alto, con tasas de vejez casi siempre por encima de 30% e, incluso, más de 40%.

La situación actual augura un futuro muy difícil. Según los datos calculados por el Icane, el conjunto de la región perderá 9,2% de su población entre 2017 y 2037, los municipios no rurales 8,6% y los rurales 13,5%. De modo que treinta municipios no llegarán en 2037 al umbral de 10 hab./km^2, 18 de ellos tendrán menos de 5 hab./km^2 y cinco de estos no alcanzarán los 3 hab./km^2, lo que les identificará como verdaderos vacíos poblacionales.

En conclusión, los municipios montañosos de Cantabria se encuentran en una situación muy comprometida. Su corrección exige una decidida voluntad política y pasar de inmediato de las palabras a los hechos para diseñar y poner en práctica estrategias integrales mediante una acción conjunta de la sociedad civil y de las Administraciones Públicas, incluida la estatal, ya que se trata de una urgente 'cuestión de Estado', un grave problema de cohesión y equidad territorial que desborda el marco autonómico.

La primera exigencia es la fijación de la población existente y la atracción de nuevos residentes. Ambas acciones obligan a la implementación de iniciativas para dotarles de equipamientos y servicios básicos de calidad en materia de educación, sanidad y dependencia; favorecer la accesibilidad física y telemática; estimular la diversificación económica y la generación de empleos adecuados a los nuevos perfiles de la población rural; e, incluso, proyectar acciones conducentes a adaptar la fiscalidad a la realidad de los espacios rurales especialmente desfavorecidos.

Veinticuatro municipios de Cantabria están en riesgo de quedarse vacíos

MARTA SAN MIGUEL

Son territorios rurales y en zona montañosa donde actualmente viven menos de diez habitantes por kilómetro cuadrado, la cifra que advierte de la «desertificación»

▲ Quintanas Olmo (Valderredible), entre el abandono y la supervivencia de las casas que sí están mantenidas. :: JAVIER COTERA

SANTANDER. En Quintanas Olmo hay una maceta con flores violetas recién plantadas que salvan al pueblo de ser marrón. Las aves pasan de largo y el tendido eléctrico que atraviesa las ruinas es un adorno en el que no se posan. Allí arriba, en mitad de Valderredible –donde hay una media de 3,3 habitantes por kilómetro cuadrado– la vida se manifiesta en los restos de carbón de una barbacoa reciente, en una estela tallada con el nombre del pueblo que parece nueva, en un jardín segado, en esa maceta. Lo demás parece un simulacro, como un vacío provisional. ¿Qué pudo llevar a fundar ese pueblo tan lejos, tan arriba? La respuesta obliga a reinterpretar la palabra lejanía, porque ahora que la tecnología y las infraestructuras han vuelto todo accesible, 24 municipios de Cantabria se están vaciando y la culpa no la tiene sólo el empedrado.

A veinte minutos de Quintanas Olmo está Polientes, la cabecera del municipio más extenso de Cantabria, sin embargo, lo que vuelve inalcanzable la vida diaria en ese barrio no son los kilómetros, sino un proceso que empezó hace casi un siglo: la desertificación. Es ahora, cuando se caen las piedras sobre las propias raíces, cuando las Administraciones han puesto el problema a la altura de lo que nos jugamos como sociedad. En Cantabria, 24 municipios cuentan actualmente con menos de 10 habitantes por kilómetro cuadrado. En esta cifra está la señal de alarma para los expertos: «Es una medida estadística que habla de que ese territorio empieza a ser un desierto demográfico», explica la catedrática de Análisis Geográfico Regional de la Universidad de Cantabria, Carmen Delgado.

«En Cantabria no se ha llegado al despoblamiento totalmente, pero el proceso está siendo muy rápido y podría ocurrir en un tiempo breve», dice la catedrática. La situación es preocupante en las áreas rurales afectadas, sobre todo en la zona de montaña, pero lo peor es lo que está por venir si no se interviene. A partir de datos del Instituto Cántabro de Estadística

▶ Alejandro y Nicolás, con su padre, el alcalde de Peñarrubia, Secundino Caso, en la manifestación en Madrid contra la despoblación. :: DM

LAS FRASES

Carmen Delgado
Catedrática Geografía UC

«Aquí no hemos llegado aún al despoblamiento total, pero avanza rápido y podría ocurrir en breve»

Lidia Díaz Terán
Asociación Española contra la Despoblación

«Una fiscalidad para personas y empresas, y buen acceso a internet son algunas medidas clave»

(Icane), las proyecciones para 2037 advierten de que 18 municipios van a quedar con menos de cinco habitantes por kilómetro cuadrado, y de esos, cinco no llegarán a dos habitantes. «Es una densidad comparable a Alaska o al Sáhara», explica Delgado, y muestra un mapa en tonos azules y rojos que evidencia por gamas cromáticas ese 'vaciamiento' de la región. Las consecuencias de ese vacío son ambientales, sociológicas, económicas, culturales o paisajísticas: «No sólo se abandonan formas de vidas, sino que habría también un deterioro del paisaje, y pérdida de cultura y saberes».

Esta situación obliga a hablar de un «desequilibrio territorial», y mientras siguen creciendo los municipios de interior o costeros «en áreas periurbanas» que rodean a los grandes núcleos como Santander, Castro o Torrelavega, el área rural, sobre todo en las zonas de montaña, sigue perdiendo censo, futuro y vida: «Esas áreas no están sufriendo este proceso porque sí, sino que estamos llegando al final de los procesos que las están vaciando», dice Delgado, y alude a la gran manifestación del pasado domingo que reunió en Madrid a miles de personas para reclamar medidas contra el despoblamiento de la 'España vacía'. ¿Está Cantabria en esa situación? No, dice la catedrática, y alude a la densidad demográfica para enmarcar la realidad de cada región en su fenómeno. «La manifestación estaba liderada por organizaciones de Soria o Teruel donde están trabajando con datos de densidad de población a nivel regional, y Cantabria no está dentro de esa España», explica.

La región tiene 109,1 habitantes por kilómetro cuadrado, una cifra por encima de la media española, según Delgado. Sin embargo, algunas zonas de la franja del sur de Cantabria «sí se corresponden a la España vaciada», como Valderredible o Polaciones (ver tabla), y se comportan de forma similar al norte de Palencia o Burgos, de ahí que la geógrafa no dude en catalogar la envergadura del problema: «La despoblación es un problema de Estado, y requiere soluciones globales, no de cada municipio».

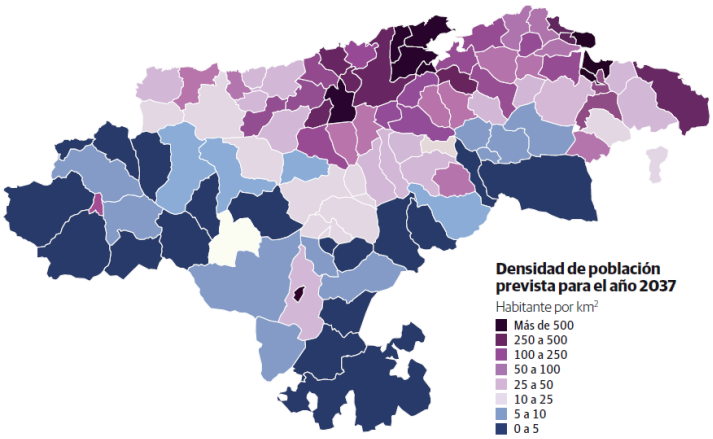
Además de la publicación de un libro que le ha puesto nombre a un fenómeno ('La España Vacía', de Sergio del Molino) de cien años de antigüedad, algo ha sucedido para que la despoblación empiece a ocupar mensajes electorales y minutos en horario de máxima audiencia. La sociedad civil empieza a agruparse en colectivos y asociaciones, también en Cantabria, porque quiere su tierra habitada. A la manifestación de Madrid acudieron más de doscientas personas de 40 localidades en representación de esa 'Cantabria vaciada'. Los manifestantes pedían «más inversiones reales para sus municipios y menos promesas vacías» de campaña electoral, con pancartas como la de los hijos del alcalde de Peñarrubia, Secundino Caso, diciendo bien alto 'Sin cabras no hay paraíso'. Lidia Díaz Terán es la presidenta de la Asociación Española contra la Despoblación, un fenómeno motivado, dice, «por el lugar en que se colocaron las grandes industrias y que no sólo ha proseguido sino que se incrementa por falta de una estrategia nacional, autonómica y local que dignifique la vida en nuestros pueblos». Proponen una «fiscalidad reducida para personas y empresas que vivan en los pueblos, programar actividades socioculturales y deportivas, servicios de guardería y atención a la dependencia», y que las subvenciones «lleguen de forma inmediata, sin retrasos, enfocadas al afianzamiento de la población».

Proceso irreversible

La emigración del pueblo a la ciudad como sinónimo de progreso empieza a verse con otros ojos, los de una sociedad que sepulta su historia sin probabilidad de continuarla: «Cuando la densidad es menor de 25 habitantes por kilómetro cuadrado es muy difícil la recuperación demográfica y económica del territorio, y eso da miedo, porque en Cantabria vamos a tener la mayoría así», avisa Delgado. De hecho, dice, «hay voces que advierten de que el proceso es irreversible en determinadas partes de España».

¿Cómo parar o ralentizar el proceso? «Se puede empezar por la Ley de Desarrollo Sostenible del Medio rural, que lleva doce años vigente, pero no se ha aplicado más que la zonificación del territorio sobre el que luego se actuaría en función de sus características». La recuperación exige medidas que garanticen los servicios y la accesibilidad: carreteras hay, pero el acceso tecnológico... «¿Cómo poner negocios si hay áreas que no tienen internet?». La distancia del medio rural ya no se mide por kilómetros, y es esa distancia la que necesita salvarse.

LA PROYECCIÓN PARA 2037



Fuente: Icane/Elaboración Carmen Delgado (UC) :: GRÁFICO **DM**

«Habrá territorios con la densidad demográfica de un desierto o de Alaska»

«El proceso de despoblación realmente empezó hace varias décadas, hemos perdido mucho tiempo», dice la catedrática de Análisis Geográfico Regional de la UC, Carmen Delgado. «El vaciamiento a partir de 1950 ha sido brutal en la región. Llevamos 70 años con un proceso iniciado y en realidad estamos en las últimas fases», advierte. Ante eso, la geógrafa ha elaborado un estudio con base en los datos de Icane y que con una proyección a veinte años (2007-2037) analiza cuál será la situación si sigue este ritmo de despoblación en un mapa que forma parte del estudio que publicará en European Countryside. De cumplirse los pronósticos, 18 municipios no tendrán más de cinco habitantes por km2 y de ellos, cinco quedarán con menos de dos habitantes, «la densidad de Alaska o del Sáhara».

LA LISTA DE LOS MÁS DESPOBLADOS

Datos de 2017
Fuente: Icane

La densidad demográfica evalúa el nivel de desertificación. La media de Cantabria es de 109,1. Por debajo de diez se considera «irreversible».

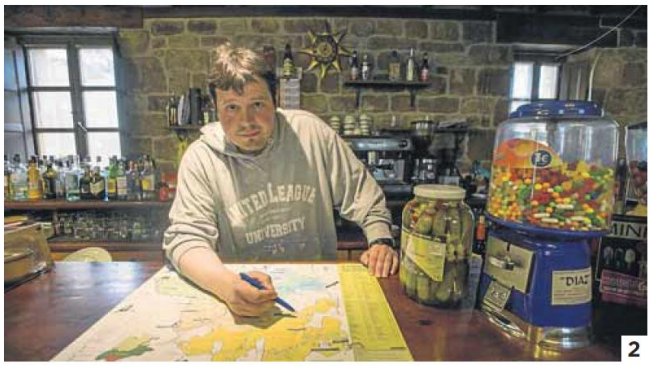
Menos de 5 habitantes km2

Municipio	Habitantes	Hab/km2
Polaciones	239	2,7
Tudanca	145	2,8
Valderredible	987	3,3
Valdeprado del Río	323	3,6
Lamasón	302	4,2
Tresviso	70	4,3
Pesaguero	298	4,3
S.M. de Aguayo	154	4,3
Los Tojos	402	4,5
Las Rozas de Vald.	264	4,6

Menos de 10 habitantes km2

Municipio	Habitantes	Hab/km2
Soba	1.207	5,6
Vega de Liébana	765	5,7
Camaleño	970	6,0
Peñarrubia	332	6,1
Luena	611	6,7
H. Campoo Suso	1.612	7,2
Cabezón Liébana	595	7,3
Campoo de Yuso	682	7,6
Pesquera	68	7,6
S.Pedro Romeral	452	7,9
Santiurde	254	8,2
Rionansa	1.045	8,9
Vega de Pas	784	9,0
Ruesga	870	9,9

1



2

3

«Hay más perros que vecinos»

Valderredible es el municipio más extenso de la región y uno de los más despoblados: así viven los que eligen seguir habitando en la 'Cantabria vacía'

:: MARTA SAN MIGUEL

VALDERREDIBLE. El tractor está aparcado frente a dos canastas de baloncesto: una muy alta, otra para niños, y tres balones hinchados encajados en la base. «Lo pintamos nosotros», dice José María López Postigo señalando las líneas blancas que marcan el área y la zona de triple. Mientras habla, los perros mueven la cola como si fueran hélices y varios gatos se enroscan entre las piernas. Son extraños estos felinos. Buscan el contacto. Buscan el ruido del coche que acaba de llegar a un pueblo por el que nunca pasa nadie salvo el tractor de José María y su arado colgando por detrás.

En Cubillo de Ebro viven cuatro personas, y aunque a veces registra las temperaturas más bajas de Cantabria, en su fuente el agua nunca se congela; José María se encarga de ello. También de que la escuela esté en buen estado. Y la iglesia. Si se caen estos dos edificios, dice, podemos darnos por muertos. Agricultor, ganadero y valedor del pueblo en el que nació hace 52 años, es también el alcalde pedáneo: «Si no me presento, la pedanía pasaría al Ayuntamiento», es decir, será uno más del medio centenar de pueblos que tiene Valderredible, el municipio con más extensión de la región y uno de los más despoblados. «En verano casi todas las casas están abiertas, y los fines de semana hay más ambientillo, pero ha ido a peor», dice. «En todas las casas había gente cuando nací, y eso que me pilló lo último del éxodo a Bilbao. Entonces quedaron los padres, y según han ido muriendo, he visto cómo se cerraban una casa detrás de otra». Le suena entonces el teléfono en el bolsillo del buzo azul y se disculpa porque es un amigo con el que queda para tomar el café en Villanueva «porque te puede ocurrir que bajes y estés solo. Por eso hay que hacer por verse, aquí hay más perros que vecinos».

Las casas son aún hermosas, todas de la misma piedra, un conjunto patrimonial con flores en las ventanas, una de ellas tiene el jardín repleto de macetas y adornos: «Ahí vive un joven de Bilbao que ha puesto un internet muy potente y trabaja desde aquí conectado», dice. ¿Eso podría salvar el pueblo, los nuevos empleos, los jóvenes y su movilidad? Enseguida niega con la cabeza y lo llama solución puntual «porque de estos pueden venir uno o dos, y así no se soluciona el problema», dice. Propone arreglar la casa que pertenece a la Junta con una subvención porque el municipio apenas ingresa mil euros por el coto, «si se arregla se podría rentar a una familia con niños». La iglesia está cerrada, «sólo viene un cura jubilado cuando fallece alguien, y en verano ofician misa de vez en cuando». Tiene un contenedor para reciclar papel y unos bancos «para que los senderistas paren a descansar», pero José María se asoma al futuro de sus raíces y sólo le sale una palabra: «Complicado».

¿Qué pasará cuando él no esté en Cubillo de Ebro para ver pasar al único vecino que vive en Otero, el pueblo de al lado; cuando no esté para cazar subvenciones como el Plan E con el que rehabilitaron la escuela?

1. Paloma Sanz, en Quintanilla, donde cría y vende capones y huevos

«Es difícil vivir de lo que montas, pero te adaptas, y aquí se vive con menos dinero»

2. Jorge Fernández, en el bar donde se reúnen los vecinos del valle

«Si no hay empresas que fijen la población en el territorio, poco futuro le veo a esto»

3. Javier Maraña, en la casa que está recuperando en Rucandio

«Falta apoyo de los lugareños para asegurar el futuro del pueblo con gente de fuera»

4. José María López Postigo, en Cubillo de Ebro donde nació

«Con subvenciones podríamos rehabilitar casas y alquilarlas a familias con niños»

:: REPORTAJE FOTOGRÁFICO: JAVIER COTERA

4

A unos diez minutos en coche está Villanueva, y en el bar, suena el programa matinal de la tele. Huele a tortilla de patata recién hecha, es lo único que hay sobre la barra de Pilar Pareja. Lleva ahí 28 años, en el negocio que también es alojamiento rural, y «aunque hace unos años había movimiento, ahora como mucho suman cuarenta personas en verano», y eso que el local está en una de las carreteras regionales con más tráfico del valle. Pone los cafés. Sonríe. Los taburetes se llenan con la quedada de José María y dos compañeros más.

Su hijo está en ese momento con ella: «Para salvar esto hay que fijar la población al territorio y eso se consigue creando empleos», dice. Se llama Jorge Fernández, y aunque echa una mano a sus padres en el bar, su trabajo está fuera de allí, en Polientes, como conductor de vehículos de emergencias. «Tenemos Reinosa y Aguilar cerca, pero si no se mete una empresa grande, la gente se marcha». La puerta del bar sirve de tablón de anuncios, se ofrece mano de obra, productos agrícolas, leña: nada de clases particulares de infantil o talleres para mayores. En la televisión sale la despoblación después de la manifestación del pasado domingo en Madrid: «Ahora somos noticia», dice Chema, y la duda que queda en el bar es hasta cuándo.

La oportunidad

¿Qué hay que cambiar? ¿Es posible vivir con los servicios básicos en la distancia? Las segundas residencias mantienen las fachadas de los pueblos como postales turísticas, pero los que están vacíos como Quintanas Olmo cabe preguntarse si el progreso está en avanzar o en no dejar morir. Al despedirse, Jorge señala en el mapa una de las zonas más despobladas por su lejanía de núcleos urbanos. ¿Qué hay ahí arriba, en Rucandio? El corral de Paloma Sanz, sus capones, y un frío repentino como si la sangre circulase al revés mientras brilla un sol blanco: «Me vine porque no encontraba trabajo de veterinaria en Torrelavega, y aquí he plantado arándanos, he puesto un corral, yeguas, y estoy arreglando una casa», dice con los aleros de madera aún sin barnizar en la fachada. Todo va lento, pero mientras su inversión «aún no ha dado sus frutos», su profesión sí: ahora se gana la vida como veterinaria asistiendo la reproducción de vacas en el valle.

Con ella vive su hijo de 9 años, que va al colegio a Polientes. ¿Cómo lo hacen? La pregunta le afloja una media sonrisa, y mientras llama por su nombre a todos los perros que le salen al paso, explica que viene a buscarle un transporte escolar y le vuelve a llevar a las cinco de la tarde. «Ya no nieva como antes, y si hay nieve, solo hay que esperar», dice: «Aquí se vive por menos dinero que en la ciudad, pero estaría bien más ayuda».

En Rucandio, pueblo con cuatro vecinos, el último de Valderredible antes del puerto de Carrales, Javier Maraña se asoma para mostrar el trabajo que ha hecho con sus manos durante veinte años. Ahora, ya jubilado, lo que le queda por arreglar lo hace con la ayuda de un obrero, una antigua cuadra que será un salón: «Ojalá sobrevivan los pueblos», dice. Y para ello mira cerca, y no tanto a los políticos, en busca de soluciones: «Falta apoyo de los lugareños para asegurar el futuro del pueblo con gente de fuera», dice. Está nevando cuando cierra la puerta. Vuelve a Balmaseda, donde reside. En su casa no hay perros. Solo una furgoneta con herramientas de obra en la entrada.

EL PANADERO DEL VALLE

«Hago kilómetros aunque nieve sólo para una barra. ¿Crees que es por dinero?»

José Ignacio Fernández es uno de los dos panaderos de Valderredible. Su negocio está en Polientes. Se levanta temprano, enciende el horno, y cuando ha terminado de cocer, carga la furgoneta para recorrer a diario entre 80 y 100 kilómetros para llegar a los pueblos. En algunos sólo hay uno o dos vecinos, muchos mayores: «Esto casi hay que hacerlo por caridad humana», si no, dice, «¿cómo se entiende que recorra tanto kilómetros para subir y para bajar, aunque haya nieve en la carretera, solo para vender una barra. ¿Crees que es por dinero? No los pienso dejar ahí tirados». Hay días que él es la única persona con la que algunos mayores hablan, «veo si necesitan algo o si están bien».